

LA VELADA.



I.

DESDE que se fué su novio
Irene ya no sosiega ;
se fué su novio muy lejos,
se fué su novio á la guerra.
Ya vuelve á vestir los trajes
que en el convento vistiera ;
la crucecita de plata
ya sobre su pecho cuelga ;
aparta sus lindas joyas,
su alegre piano cierra.
Sólo guarda y guarda ansiosa,
como inseparable prenda,
aquel anillo que tantas
emociones le recuerda,
memoria de aquella tibia
tarde de la primavera,
en que un mismo sentimiento
confundi6 sus existencias.

Y sorda á cuanto le dicen,
y á cuanto ve siempre ciega,
estóica y pálida, junto
al caliente hogar le espera.

Cuando llegó á los oídos
de Roger la infausta nueva
de la primera derrota,
de la desgracia primera,
como el feliz á quien turban
en las danzas de una fiesta
palideció, pero pronto
recuperó su entereza.
Y aproximándose á Irene,
valido con su licencia,
un blondo rizo cortando
de su hermosa cabellera,
en un medallón lo pone,
bajo su cristal lo encierra;
el medallón puso al pecho,
sobre su pecho lo lleva.
Y después como soldado
se alistó, fuése á la guerra
y ¡jay! que ya sabemos todos
el desastre que fué aquella!

Impasible, silenciosa,
y hasta sin nombrarle apenas,
Irene todas las tardes

desde su ventana acecha,
febrilmente, la venida
del peatón, que, á duras penas
bajo el peso del gran saco
de cartas, al hombro, llega.
Muchas veces viene aprisa,
¡jay! pero aprisa se aleja,
¡y sin levantar los ojos
á su ventana siquiera!

Pero Roger escribía
á menudo, y las tristezas
de la pobre enamorada
ni muchas, ni largas eran.
Por fin, él sufrió el bloquëo
de Metz; supo entonces ella
por un pobre fugitivo,
lastimado en la pelëa,
que el bravo Roger vivía,
y dominando resuelta
á sus lágrimas rebeldes
y á su inútil impaciencia,
vivió, llevando sus cuitas,
vivió, llevando sus penas
sobre el alma, con la muda
voluntad de quien espera.
Largas horas la vëían
en las sombras de la iglesia;
llegaba al hogar del pobre

brindándole fortaleza
y al infeliz, maltratado
por el azar de la guerra,
largamente consolaba
con numerosas ofrendas.

Eran entonces los días
(cuyo recuerdo quisiera
desterrar) del largo sitio
de París. Como gangrena,
la invasión rápidamente
destruía Francia entera.
Casi tocaba al castillo
de Irene ya. Por las selvas
vecinas merodaban
los húlano. Sus proezas
eran ya terror y asombro
de las gentes de la aldéa.
Todas las noches el cura
y el médico; en la serena
beatitud de la velada
que fuego de hogar caliente,
referían mil historias
complicadas y tremendas,
sin conseguir ni un momento
que Irene palidciera.
Él estaba en Metz, gozaba
há poco salud muy buena.
¡Debía vivir! Por eso

vive, de esperanzas, ella.
Deslizanse entre sus dedos
muy lentamente las cuentas
de un rosario, y silenciosa
y junto al hogar, le espera.

II.

Un día, que fué muy triste,
 despertó sobresaltada;
 allá abajo, al fin del parque,
 bajo las espesas ramas,
 escuchábanse crecientes
 y repetidas descargas.
 ¡El enemigo venia!
 ¡El enemigo llegaba!
 Ella sufrió gran vergüenza
 de sentirse amedrentada;
 como su amante quería
 ser, junto á los riesgos, brava.
 Por eso, como si el campo
 yaciese en risueña calma,
 se vistió, rezó completas
 sus fervorosas plegarias,
 y luego, al salon bajando,
 sonreía confiada.

Fué sólo una escaramuza,
 unos tiros, unas balas...
 algunos exploradores
 sorprendidos, que se escapan.
 Todo al silencio volvía

todo á la quietud tornaba,
 cerca y lejos, cuando Irene
 exclamó: «¡Si habrá desgracias!
 ¡Sería muy necesario
 disponer una ambulancia!
 ¡Sería muy conveniente!
 ¿Dónde mejor que en mi casa?»

No fué precaución inútil.
 Sobre el campo de batalla
 á un oficial recogieron
 mal herido en la garganta.
 Bávaro. Cuando vertiendo
 mucha sangre, apresurada,
 con los ojos muy cerrados,
 y con la color muy pálida,
 Irene lo vió, al instante
 hizo abrir la vieja sala
 que Roger, cuando venía
 á su castillo, ocupaba,
 y ordenó que sobrè el lecho
 preparado le acostaran.
 Y así fué. Llevóse afuera
 las ropas ensangrentadas;
 á sus viejos servidores
 riñó por tener cachaza,
 y cuando el doctor hacía
 la cura, como una Hermana
 de la Caridad, estuvo

pendiente de sus palabras,
sujetando los vendajes
y procurando sus largas
tiras de lienzo, de muchas
de sus ropas arrancadas.
Cuando por fin el herido,
con ojos llenos de lágrimas
la miró, ya descansando
la cabeza en la almohada,
pidió que se le trajese
de su vieja ropa blanca,
y en hilas muy abundantes
poco á poco fué cambiándola.
¡Solamente así creía
cumplir su deber!

Llegaba
ya la noche, y nuevamente
vino el doctor; su gran barba
mesó con disgusto y dijo
entre dientes: «¡No me agrada!
¡Sí! ¡La sangre en la mejilla!
¡Pulso vivo! ¡Noche mala!
¡Fiebre!»—«¡Morirá? ¡Dios mío!»
Irene gritó asustada.

«¿Quién sabe? Yo me propongo
cortar la fiebre, que gana
mucho. Será necesario

que alguien vele, por si avanza
el peligro.»

«Estoy dispuesta»—
dijo Irene.—«¡No, no! Basta
con uno de los criados
en que tenga confianza.»
—«No, doctor, quiero velarle,
me lo está pidiendo el alma;
si el pobre Roger cayera
en lance igual, deseára
que lograrse igual esmero
de manos de una alemana.»—
«Bien—dijo el doctor.—Es justo.
Si es así, no digo nada.
¡Bien! pero, mucho cuidado.
A velar, y hasta mañana.
Ya sabéis la medicina.
¡Ojalá tenga eficacia!
De cuarto en cuarto de hora
dadle la porción marcada.
Un solo acceso de fiebre
puede matarle. Dios haga
que su dolor.....»

Así hablando,
dejó el médico la sala,
quedando Irene en la misma
cabecera de la cama.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE MEDICINA
"ALFONSO X el Sabio"
Apto. 1625 MONTEBELLO, MÉRIDA

III.

Muy difícilmente habría
transcurrido ni un momento,
cuando hacia Irene sus ojos
con gran trabajo volviendo,
con una voz muy velada
pudo exclamar el enfermo :

«Creyó que estaba dormido,
y todo lo estaba oyendo.
¡Gracias, mil gracias, mil gracias!
¡De corazón! ¡Gracias! Menos
¡ay! por mí que por aquella
mujer á quien tanto quiero,
y que me aguarda llorando,
sola y triste, sola y lejos!»

Ella dijo: «¡Calma! ¡calma!
¡Dormid tranquilo! Del sueño
depende la hermosa vida
que tanto ansiáis.»

«¡Gracias! Pero
necesito confesaros
antes..... antes..... un secreto.

Es una promesa..... justo.....
y..... ¡ya lo veis! ¡si me muero!»—

«¡Hablad!»—«¡La guerra! ¡la guerra
es horrible....! Mes y medio
hace que en Metz he matado
á un francés. ¡Qué horror!

Queriendo

ocultar al pobre herido
su inconsolable tormento,
Irene bajó la mecha
del brillante reverbero.

»Íbamos, por un camino
muy obscuro, á paso lento,
para atacar una choza
ocupada por los vuestros,
sigilosamente, como
cazadores en acecho.
Arma al brazo preparada,
seguíamos un sendero,
arrimados á dos filas
de grandes álamos negros.
Del centinela en la espalda
hundí mi sable el primero;
ni aun pedir pudo socorro;
tras mi pasaron los nuestros,
y ya todo fué matanza,

exterminios y saqueo.»

Irene bajó los ojos
ya casi, casi gimiendo.

«Temblando, quise apartarme
de tanto furor sangriento,
cuando, de pronto, la luna
brilló en el azul del cielo
detrás de una parda nube
rasgada por sus reflejos.
Y entonces ví, revolcando
contra las piedras su cuerpo,
sobre una charca de sangre
esparcida por el suelo,
casi á mis pies, al soldado
que dividí con mi acero.
Conmovido por su angustia,
quise prestarle consuelo;
mas él, con la voz cansada
del que va desfalleciendo,
suspiró: «¡Tarde, ya es tarde!....
sois oficial.... caballero....»—
«Sí; respondedme—le dije.
Si os puedo servir, si puedo....»—
«Sí—contestó—prometedme....
sí.... prometedme dar esto....
y mientras tanto sacaba
un medallón de su pecho;

á....» Se fué perdido el nombre
con sus últimos alientos.
Del medallón en las tapas
hay unos blasones. Créo
que no es difícil empresa
¿me comprendéis? devolverlo
á la mujer adorada
por aquel soldado muerto.
Tomadlo.... si yo no vivo....
hacedme el favor.... espero
que buscaréis á quien deba
conservar ese recuerdo.»

De las manos del herido,
que temblaban sobre el lecho,
tomó con disgusto Irene
aquel medallón, y al verlo,
vió lucir sobre sus tapas
los blasones de su dueño,
dueño de toda su vida,
de todos sus pensamientos,
de Roger. Sufriendo entonces,
¡horriblemente sufriendo!
disimulando su angustia,
«¡lo juro!—dijo;—¡que el sueño
os alivie de pesares!
¡Dormid en paz, que yo velo!»

IV.

Aliviado ya el herido
 con tan triste confesión,
 cruzó sus heladas manos
 y adormecido quedó.
 Al lado del lecho, Irene,
 palpitante de emoción,
 con los ojos encendidos,
 sin llorar permaneció.
 ¡El muerto! ¡muerto! ¡Quién duda
 ya de tan fuerte dolor?
 ¡Son sus armas! ¡sí! ¡las mismas!
 ¡nunca las equivocó!
 ¡es su sangre! ¡sangre suya
 la que mancha el medallón!
 ¡Ay! no fué la heroica muerte
 la muerte que le asaltó;
 que le asaltó por la espalda,
 sigilosa y á traición.
 Y quien duerme en aquel lecho
 es su asesino traidor,
 y de la cobarde muerte
 de Roger se envaneció.
 Y es él quien allí descansa,
 objeto de compasión,

LA VELADA.

y ella, Irene, quien le dice :
 «¡Dormid en paz! ¡velo yo!»
 Como suprema ironía,
 como supremo terror,
 ella debe consolarle
 de la angustia que sufrió;
 velar su intranquilo sueño,
 escuchar su triste voz,
 aproximar á sus labios
 el remedio salvador;
 y él descansa, y él confía.....
 ¡qué tremenda situación!

Aunque vencida se siente
 por aquel odio feroz
 que la mano formidable
 de Jähel, tremenda, alzó;
 aunque el odio le destroza
 las fibras del corazón,
 jura salvar al herido,
 ¡y nunca en vano juró!
 La misma trémula mano
 que tiende, tiende veloz
 hacia el puño de aquel sable
 que reluce en un rincón,
 el sable que con la vida
 del buen Roger acabó,
 es la que acerca á los labios
 de su herido matador,

que de su triunfo y la muerte
de Roger se envaneció,
la dulce vida, el reposo,
el sueño consolador.
¿Romperá el obscuro frasco?
¿Para qué? Si la inacción
puede ser el instrumento
de su venganza, mejor;
cruce sus manos; confie
á la muerte su misión
y al tiempo, y del pobre herido
le responderán los dos.
Ella bien pudo dormirse,
descuidarse..... ¿por qué no?

Luego llora y dice : «¡Nunca!
¡Jesús! ¡qué infamia! ¡qué horror!»

Duraba la lucha horrenda,
cuando el herido se alzó
muy lentamente, pidiendo
de beber, por compasión.

Irene, temblando, entonces
á un viejo Cristo miró
que á la cabeza del lecho
muestra su martirio atroz;
¡y en sus miradas ardía
la luz de la abnegación!

Después, con los ojos fijos,
siempre muy fijos en Dios,
el contenido del frasco
en una copa vertió,
y luego, poquito á poco,
temblorosa de emoción,
á los labios anhelantes
del herido lo acercó.

¡ Señor, Tú que viste el drama
callado y aterrador
que junto á la cabecera
del rico lecho pasó;
Tú, Tú mismo que llevado
del demonio tentador,
seguiste por el desierto
el rumbo que te marcó,
y sufriste horriblemente
para esquivar su furor;
Tú, Señor, perdonarías
la espantosa indecisión
de aquel alma, batallando
con las olas del dolor,
¡ay! cuando por fin la viste
triunfar como al fin triunfó!
Y la noche recordando
de Tu sublime pasión,
cuando Tu acento en el monte
de las Olivas clamó :

«Padre, aparta de mis labios
el cáliz de la aflicción»,
piedad, piedad sentirías
y de seguro, Señor,
su martirio bendijiste.....
¡Dulcísima bendición!

V.

A la mañana siguiente,
muy poco, después del alba,
volvió el médico, anhelando
conocer lo que pasaba.
A Irene vió junto al lecho,
de pie, sin llorar, muy pálida,
y vió bebiendo al herido,
bebiendo siempre con ansia,
¡y miró la cabellera
de Irene, blanca, muy blanca!

